

CAPÍTULO I

Felicidad



ÁNGELA TIENE 32 AÑOS y quiere ser feliz. Siempre ha pensado que la felicidad es algo que apenas se disfruta unos pocos segundos, un par de minutos lo más. A su alrededor, la gente se empeña en alcanzarla y luego está toda la vida tratando de recordar esos fugaces instantes, pero en realidad pocos saben aprovechar el momento. Aún así, en los últimos meses se podría decir que Ángela es feliz. Estudió Humanidades durante más de seis años, lo que le permitió encontrar trabajo en el Museo Arqueológico Provincial de su ciudad. Esto, a veces, la lleva a pensar que es una privilegiada, comparada con otra gente que conoce. Una ciudad mediana supone ciertas ventajas, si se saben aprovechar. Al vivir cerca del trabajo puede levantarse media hora antes de fichar; con una ducha rápida y un café con leche, que es lo único que le entra en el estómago a esa hora de la mañana, en diez minutos ya está en la puerta del museo. Ángela ha vivido en otras ciudades en las que, para ir a la Facultad, tenía que coger el metro con media hora de empujones, prisas y cientos de caras que nunca la miraban directamente a los ojos más de un segundo. Siempre que puede elegir y tiene tiempo, ella prefiere ir andando a cualquier sitio, y más al trabajo. Disfruta del paseo y, cuando ya le tiene cogida la medida al trayecto, es casi imposible llegar tarde, a lo sumo, un par de minutos. Le alegra no tener que depender de los autobuses, que siempre la han dejado tirada en el peor momento.

Otro de los lujos que disfruta es trabajar sólo en horario de mañana, con lo que a las tres y cuarto ya está en casa, almuerza con su novio Sergio y puede echarse media horita de siesta, que muchas veces le da la vida. Después tiene toda la tarde libre para leer, ir de tiendas, salir con los amigos de verdad, no esos cientos de caras desconocidas del Facebook, o ir un rato al gimnasio, si no está demasiado cansada. Siempre ha escuchado decir que no es más feliz el que más tiene, sino el que menos necesita, y en estos momentos Ángela no quiere nada más. No gana dinero como para ser rica, pero tampoco puede quejarse. Le da lo suficiente para pagar el alquiler, vivir cómodamente y permitirse algún caprichito de vez en cuando. Incluso ahorrando y buscando buenas ofertas por Internet, puede organizar un par de viajes al año no muy caros siempre que sea cerca, nada de sueños inalcanzables como Australia o Japón, que se quedan aplazados para cuando les toque la lotería.

Pero lo mejor de todo es que a Ángela le gusta su trabajo. Al ser de los últimos en incorporarse a la plantilla del museo es un poco comodín, o sea que sirve para todo; pero eso no le disgusta, sino al contrario, la motiva. El trabajo se le hace más pasajero y divertido si puede dedicarse a varias cosas, ya sea catalogar, investigar u ordenar el papeleo. Aunque cuando mejor se lo pasa es durante las visitas de los colegios, en las que tiene que explicar las vitrinas y los paneles de las salas, y estrujarse el cerebro para que los niños se pongan en la piel de la gente que tocó y usó esos objetos. Muchas veces siente que las preguntas de los pequeños son más inteligentes que las de los propios adultos, y hacen que se cuestione afirmaciones que creía tener muy claras desde hacía demasiado tiempo. Le parece fácil responder un nombre o una fecha, pero cuando unos ojos muy abiertos la miran desde medio metro más abajo preguntándole el porqué de algo, tiene que echar mano de todo su conocimiento para salir airosa.

Hoy es lunes. Siempre son los días más tranquilos del museo ya que no se abre al público y el personal puede moverse

libremente por las salas para realizar cualquier tipo de consulta sin molestar a los visitantes. Pero hoy, precisamente hoy, la plantilla al completo está viviendo un caos impresionante y todo el mundo anda como loco. La nueva directora Enriqueta Almendros, que no lleva más de un mes en su puesto *a dedo*, como comentan algunos, ha recibido un encargo de la Diputación para montar una exposición sobre los últimos hallazgos arqueológicos de la provincia. En seguida ha sacado su vara de mando y ha repartido a diestro y siniestro el trabajo de varias semanas. A Ángela le ha tocado reunir documentación para redactar las cartelas informativas que acompañarán a las piezas de la exposición, y la primera es un pequeño tesoro que apenas se atreve a tocar, incluso con los guantes puestos. En sus manos tiene un par de monedas de oro púnicas decoradas con el rostro de la diosa Tanit en el anverso y un caballo en el reverso, agujereadas en su parte superior, posiblemente para convertirlas en pendientes. Según el informe de los arqueólogos, fueron encontradas en una necrópolis visigoda de mediados o finales del s. VII, como ajuar de una tumba que pertenecía a una mujer de alrededor de sesenta años. No es la primera vez que Ángela ve reutilizar así monedas antiguas para hacer joyas, pero el hecho de que aún hubiera oro cartaginés en aquella época sí que le resulta por lo menos curioso. Es consciente de que tiene que investigar más sobre esa época, quién las utilizó y sobre todo de dónde las habrían sacado.

[...]